El futuro y la utopía

Ricardo Vicente López

Para poder plantearnos un tan difícil problema, en tiempos en que todo pareciera indicar que estamos en un callejón sin salida, voy a apelar a la ayuda del pensamiento de uno de los filósofos, cristiano contemporáneo, más importantes, me refiero al francés Paul Ricoeur, quien nos visitara en el año 1982 dejándonos seis conferencias que pronunció en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En una de ellas, que tituló "La ideología y la utopía, dos expresiones de lo imaginario social" realizó una serie de consideraciones que nos van a ayudar a salir adelante. Aunque el abordaje del tema sea un tanto teórico y presente dificultades voy a tratar de sintetizarlo del modo más claro posible. Intentaré acompañar las palabras de este filósofo con algunas reflexiones de actores significativos del panorama político-social.

Creo que hoy, tal vez con mayor urgencia que en otros tiempos, es necesario volver una y otra vez sobre este tema. Mirar este panorama social con los brazos caídos y la mirada baja parece ser un signo de este presente. Y esta urgencia se hace más aguda al mirar los rostros de los jóvenes, sus miradas desesperanzadas, sus ideales enterrados, aferrados a un hoy sin expectativas y negándose a pensar en un mañana que no pareciera ofrecerles más que penurias. La necesidad se convierte en reclamo de pensamiento y acción sobre estas dificultades, y ello nos debe llevar a mirar hacia atrás, hacia el pasado histórico, latinoamericano y cristiano, porque allí siempre podremos encontrar una cantera riquísima de experiencias y sabiduría que nos iluminará el horizonte hacia el que caminamos. Digo *caminamos* y pongo el énfasis en este concepto. Estos tiempos pretenden hacernos ver un inmovilismo que no existe, pero que intenta convertirse en la óptica desde la cual juzgamos el mundo que nos rodea. Esto está estrechamente ligado a ese concepto del "fin de la historia" que ha aparecido en la década del noventa y que fue *publicitado* como una profundización de la comprensión del presente.

Al mirar la historia de nuestros pueblos podemos rescatar que momentos de crisis se han dado en muchas oportunidades en distintos lugares y fechas. Pero que en la mayoría de ellos siempre se encontró un camino de salida hacia formas institucionales socio-políticas que estructuraron un futuro esperanzador. Los pueblos parecieran caminar como el agua que baja de la montaña. Siempre buscando la pendiente que le permita llegar al océano. Pueden detenerlo con obstáculos transitorios, pero finalmente triunfan en su propósito de construir un mañana mejor.

Ya Platón sostenía que no era posible el ejercicio de la tiranía sin la ayuda de un "sofista", en lenguaje moderno deberíamos decir que no hay posibilidad de engañar al público sin la ayuda de un buen "comunicador social" que convenza sobre la verdad del discurso político. Para Ricoeur no hay posibilidad de concebir una sociedad que tenga una imagen de sí misma sin esa retórica del discurso público (los argentinos somos lo que pensamos que somos). Esto no está mal dice nuestro autor, no hay otro modo de construir los conjuntos sociales sin una imagen compartida de lo que son. Pero todo conjunto social, y esto ya lo vio Max Weber a principio de siglo, en cuanto alcanza un grado complejo del desarrollo de su organización da lugar de inmediato a la aparición de alguna forma de autoridad, producto de la estratificación social. Cuando la retórica del discurso público comienza a *legitimar la autoridad* y su *ejercicio del poder* la retórica se convierte en ideología. Si bien esto es necesario entra en un terreno lleno de trampas, de artimañas y de la posibilidad de un uso abusivo que la convierte en encubridora, "distorsionadora-disimuladora" correspondiente al primer nivel analizado.

Todo Estado moderno está asentado sobre una legitimación racional. "*En este sentido, todo sistema de control social descansa sobre un funcionamiento ideológico destinado a legitimar su reivindicación de la*

autoridad... Donde hay poder, hay una reivindicación de la legitimidad. Y donde hay reivindicación de legitimidad, se recurre a la retórica del discurso público con un objetivo de persuasión". Pero por debajo de este nivel de análisis aparece el fundamento de la función de la ideología que es la de "integración". Aparecería, entonces, aquí el papel de las narraciones y mitos fundacionales de los pueblos, clases o grupos sociales, de una época no compartida por los detentadores actuales del poder, y que se expresa en ese modo de la ideología. Sin esa función de la ideología los pueblos, clases o grupos no tendrían sustento integrador. "*De manera que la función de la ideología consiste en servir como posta para la memoria colectiva a fin de que el valor inaugural de los acontecimientos fundadores se convierta en objeto de la creencia de todos*".

Podemos articular ahora estos tres niveles de la ideología en su funcionamiento concreto y en diferenciar e integrar a cada uno en su papel específico. La ideología en su base actúa como la "personalidad social" que da forma y carácter a un conjunto social dado: la integración social. Cuando en ese conjunto social aparece la diferenciación entre los que mandan y los que obedecen, ese mando requiere de "legitimación", entonces dentro de la "personalidad social", como la he llamado, se va a perfilar una diferenciación que se presentará como la encarnación del destino del conjunto. En los primeros momentos, al presentarse como el reflejo del conjunto, como el espejo en el que se mira la conciencia colectiva, y valiéndose de esa fuerza, no encontrará trabas ni contradicciones entre lo que hace y lo que el conjunto espera que haga; cumplirá hasta allí la ideología su función de *legitimación del poder*. Sin embargo, con el transcurrir histórico el sector dominante apelará a diferentes artimañas para perpetuarse, haciendo uso y abuso del poder. Necesitará entonces de una justificación para ese intento, pero ésta no puede ser transparente porque el intento oculta su propósito de aprovechar para fines particulares lo que dice que será para beneficio del conjunto social. El encubrimiento de las verdaderas intenciones obligará a mostrar, como reflejo del espejo, la imagen "distorsionada" de la realidad social expresada en el discurso político para convencer y legitimar el ejercicio del poder, "disimulando" las verdaderas intenciones: *la dominación*.

La ideología, de este modo, "*...bajo sus tres formas... redobla, preserva y, en este sentido, conserva al grupo social tal cual es. La función de la utopía es, entonces, la de proyectar la imaginación fuera de lo real en un afuera que es también un ninguna parte*". Si la ideología preserva la subsistencia del grupo social también corre el riesgo de cristalizarse en su estructura actual impidiendo toda crítica a sus disfunciones, a sus injusticias, a sus diferencias sociales no justificadas, que la ideología en su papel de preservación del estado actual, ante el riesgo de la desintegración, *encubre* y *justifica*. Ante este papel encubridor la *utopía* hará oír su voz proponiendo un modelo superador que tenderá a resolver esas deficiencias e injusticias: "*la utopía en su sentido fundamental es el complemento necesario de la ideología en su sentido fundamental. Si la ideología preserva y conserva la realidad, la utopía esencialmente la cuestiona*".

Al funcionamiento social de los tres niveles de la *ideología* Ricoeur agrega ahora su articulación con la *utopía*. Y en esta articulación aparece con claridad el carácter imprescindible e insustituible de la existencia de la utopía. Sin su función crítica, cuestionadora, no hay futuro. O, en su forma más cotidiana, el *futuro* se convierte en un *presente* con algunas modificaciones cosméticas que no alteran la esencia de ese tiempo, es una perpetuación del presente. Cambios *gatopardistas*: "*que algo cambie para que todo quede como está*". El pensador francés nos va a confirmar la necesidad del funcionamiento de la imaginación utópica. "*En este sentido, la utopía es la expresión de todas las potencialidades de un grupo que se encuentra reprimido por el orden existente. La utopía es un ejercicio de la imaginación para pensar otra manera de ser del ser social*". Y concluye con una hermosa frase cargada de significaciones que

permite proyectar la especulación política y filosófica hacia un futuro mejor, "*las utopías constituyen variaciones imaginativas sobre el poder*".

La desnaturalización abusiva de la utopía, presentada como delirio irrealizable, desnuda aquí su verdadero intento, convertirla en delirio colectivo, nada más que sueños imposibles, para quitarle todo el contenido de cambio que encierra. Una ideología que preserva y conserva destila un natural rechazo ante toda crítica del orden imperante, la desprecia, la desacredita, la ridiculiza, y en esta función cumple acabadamente su papel *distorsionador* y *encubridor*. La natural tensión que debe existir entre una ideología que conserva y una utopía que revoluciona permite un juego de mutua crítica que terrenaliza la utopía, la coloca en el terreno de lo posible, de lo realizable, y da alas de liberación a la ideología. Leamos estas palabras de nuestro filósofo:

> La ideología y la utopía son figuras de la imaginación reproductora y de la imaginación productora. Todo sucede como si el imaginario social no pudiera ejercer su función excéntrica sino a través de la utopía y su función de reduplicación de lo real sino por el canal de la ideología... Parece, en efecto, que siempre tenemos necesidad de la utopía, en su función fundamental de contestación y de proyección en un más allá radical, a fin de llevar adelante una crítica igualmente radical de las ideologías. Pero lo recíproco también es cierto. Todo sucede como si, a fin de curar a la utopía de la locura en la cual siempre corre el riesgo de perderse, hubiera que apelar a la función sana de la ideología, a su capacidad de proporcionar a una comunidad histórica el equivalente de lo que denominamos una identidad narrativa

Creo que con Ricoeur hemos podido comprender que hay una salida a lo expuesto más arriba respecto de la ideología en la que se sustenta nuestro sistema de ideas actual, dominado básicamente por el escepticismo, respecto de un orden social diferente y un hombre distinto a los que moldea nuestra cultura de hoy, denominada no muy felizmente, posmodernidad. Ejercer la crítica a las ideas imperantes requiere de ese libre volar de la utopía para que, desde ese "*lugar fuera de lugar*", podamos dirigir la vista desde la distancia de la perspectiva histórica. Poder hacerlo sin compromisos con la distorsión y audaz en el *desvelamiento* y *descubrimiento* de la realidad; pero al mismo tiempo la distancia puede desfigurar las perspectivas y correr el riesgo loco de la aventura imposible. Allí el sano preservar de la ideología en la defensa de lo integrado dirá sus verdades. De este diálogo fructífero saldrá la posibilidad de un camino a recorrer.

Esta paradoja de volver la vista atrás para poder ver mejor el futuro, creo, resume y expresa lo que venimos pensando. No podemos ignorar el papel de aventura loca que ha propuesto la utopía, muy probablemente por su olvido de las cosas del pasado, la tradición de los pueblos, ante la cual se ha plantado la ideología en su papel más conservador, más reaccionario. En este caso podríamos cargar gran parte de las culpas al delirio sin sustento. Pero, al mismo tiempo, debemos reconocer que en su intento de defensa del orden establecido la ideología ha acentuado su crítica parcial, unilateral, intencionada en destacar los aspectos más idealizados, en el sentido de más alejados de la realidad posible, no aportando críticamente a la discusión elementos que pudieran hacerla terrenal. La acentuación de las funciones unilaterales y extremas de ambas formas del pensamiento, la ideología exclusivamente preservante y la utopía irrealista y destructora, ha extendido y profundizado el abismo que las separa. Es nuestra obligación el acercamiento para que, sin eliminar la sana tensión, se liberen mutuamente de lo peor de su carga. Es en la elaboración de caminos posibles, puentes de comunicación entre los extremos, que el horizonte de un mundo mejor se aclara, se despeja, y la imaginación puede dar sus mejores frutos.

En este comienzo de siglo, en pleno proceso de globalización y con la sobrecarga de pretender ser un "*final de historia*", la ideología está demostrando todo lo retardatartario que puede ser su funcionamiento.

Nunca, tal vez, como hoy la utopía fue más desacreditada y combatida, con el desprecio que presupone hoy el “realismo” de ser “pragmático”. Nunca como hoy desaparecieron del horizonte todas las utopías, arrastradas como ahora por la carga del fracaso de un "proyecto de socialismo", el soviético, que se desmoronó estrepitosamente. Y en este entrecomillado debemos ver también que fue tan solo eso, un intento, y que las causas de su fracaso debemos buscarlas, en gran parte, en la verdad de su realización: ser sólo un “capitalismo de estado”, como lo definió Juan Pablo II. Es en este aspecto, tan poco analizado por partidarios como por opositores, donde vamos a encontrar un dura pero muy útil lección de historia.

Queda suficientemente claro que los opositores a la experiencia soviética, en su intento propagandístico, utilizaron su fracaso como una prueba clara de que no había ninguna alternativa viable al capitalismo liberal, no podíamos esperar de ellos que extrajeran ninguna conclusión con miras a un futuro diferente. Pero debemos reparar en que, ante la caída del Muro de Berlín y la atronadora voz de los triunfalismos interesados, la única palabra de equilibrio, que era al mismo tiempo un llamado de atención, fue la del Papa Juan Pablo II quien les recordaba que el *fracaso* del *socialismo soviético* no implicaba el triunfo del *materialismo liberal* y sus frías leyes de mercado. Los defensores y críticos internos del socialismo no fueron capaces de una reflexión profunda que les permitiera sacar conclusiones superadoras, cayeron en lo que se denominó certeramente la “*perplejidad de la izquierda*”, y de este empobrecimiento de la imaginación política se vio beneficiado un sistema que se mostró triunfante: el capitalismo neoliberal, al que el Papa lo denominó "capitalismo salvaje". Su aparente triunfo, en medio de las tremendas consecuencias sociales que estamos padeciendo, fue un elemento que abonó el escepticismo general y que ayudó, en no poca medida, a esta desesperanza general que padecemos.

El filósofo y teólogo Juan-José Tamayo-Acosta nos ayudará a continuar con estas ideas. Nos advierte que hay que tener muy en cuenta las diferentes críticas a la utopía, para no caer en "*utopismos ingenuos o en concepciones igualitaristas de corte totalitario, que no respetan la libertad individual ni la diferencia*". Sin embargo las *críticas* deben asumirse *críticamente*, y no de manera absoluta. No debe olvidarse que algunas de ellas se hacen desde un lugar y con un interés bien concretos: "*mantener el orden establecido y frenar el descontento de los desfavorecidos*". Estamos pisando la raya del cinismo anti-utópico. La utopía es un referente ético irrenunciable y constituye el horizonte privilegiado en que ha de moverse la acción humana. "*La utopía es, a su vez, el motor de la historia. Sin ella, la historia vagaría sin rumbo y el ser humano caería en las voraces fauces del destino*". La renuncia a la utopía desemboca en la trivialidad, como ya advirtiera perspicazmente Jürgen Habermas: "*Cuando se secan los manantiales utópicos, se difunde un desierto de trivialidad y perplejidad*". Para que ello no suceda hay que partir de una concepción utópica del ser humano en el mundo y en la historia.

La miseria del viejo liberalismo radicaba en haberse cobijado en el individualismo y en mostrarse incapaz de engendrar un tejido comunitario en clave solidaria. El individualismo liberal ha eliminado la comunidad tradicional, al romper los lazos que le servían de cohesión. No obstante no ha dejado expedito el camino para construir la comunidad de iguales que propiciaron algunas corrientes utópicas de la modernidad. La burocracia del Estado moderno y el formalismo jurídico han convertido casi en "misión imposible" dicha tarea. He aquí el certero testimonio de Erich Fromm al respecto:

> Se han perdido los lazos naturales de la solidaridad y de la comunidad sin que se hayan encontrado otros nuevos. El hombre moderno está solo y atemorizado. Es libre pero al mismo tiempo tiene miedo a esa libertad. Vive, como dijo el gran sociólogo Emile Durkheim, en la anomia. Está caracterizado por la fragmentación o la anulación, que no hacen de él precisamente un individuo, sino un átomo, que ya no lo individualizan, sino lo atomizan. Al fin y al cabo, "átomo" e "individuo" significan lo mismo. Aquella palabra viene del griego y ésta del latín. Pero el sentido que han venido

a tener en nuestro lenguaje es contrapuesto. El hombre moderno esperaba llegar a ser un individuo, cuando en realidad ha llegado a ser un átomo zarandeado y temeroso.

El individualismo se reviste hoy de un universalismo jurídico que, según Pietro Barcellona, "*se rige por la reducción de las relaciones interpersonales a relaciones dinerarias*". No hay un reconocimiento personal recíproco, sino "*una relación de indiferencia recíproca*" afirma G. Mazzett. Se respeta la libertad formal, es verdad, pero no la libertad real. Termina sosteniendo nuestro teólogo "*al disolverse las diferentes formas de sociabilidad, no resulta posible la consecución de fines comunes. El universalismo jurídico y la economía dineraria no solamente eliminan toda idea de comunidad, sino que obstaculizan el acceso a una vida individual liberada*".

El hombre nuevo

Y Dios creó al hombre a su imagen; lo creó a
a imagen de Dios, los creó varón y mujer.
Génesis 1.27

En los documentos del Magisterio de la Iglesia, como en los trabajos de la Doctrina Social, hay una constante referencia al error antropológico de los materialismos en que se ha dividido la polémica en Occidente: el marxismo dogmático, que impuso la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., por un lado y el neoliberalismo por el otro, que domina hoy el ámbito académico y el mundo de los negocios. Ambos han exhibido una concepción pobre del hombre, dicho muy sencillamente, para el primero era un *productor* y para el segundo un *consumidor*. No aparecía la dimensión de "persona", en ninguno de los dos, sin la cual el hombre queda reducido a un simple objeto, a un *recurso humano*; por ello voy a proponer un recorrido por diferentes modos de pensar al hombre, para poner de manifiesto esta carencia.

La preocupación por la educación humana integral (para ponerlo en términos modernos, por el desarrollo de todo lo humano que contiene el hombre, dicho de otro modo, por la continuación indefinida del proceso de "hominización"[1] hacia su realización plena) es un tema recurrente dentro del pensamiento cristiano y fue eje de toda la predicación desde los Primeros Padres hasta hoy. Esta transformación del hombre, atado a una vida mezquina, individualista y anti-fraternal, fue definido en la terminología cristiana como *conversión*, queriendo apuntar al fenómeno de la transformación de un modo de ser hombre hacia otro modo. En este marco se inscribe el sacramento del *bautismo*, el verbo bautizar tiene origen en una palabra griega que significa *sumergir*, en este sumergir se simboliza la *muerte a una vida* para en el emerger *nacer a una vida nueva*. Dentro de esta concepción se pueden leer las palabras de san Pablo sobre "el hombre nuevo". En su carta a los colosenses (Colosas era una ciudad del Asia Menor, situada a unos doscientos kilómetros de Efeso) a quienes Pablo les escribe desde su prisión en Roma, entre el 61 y 63 de nuestra era, les dice:

> ...hagan morir en sus miembros todo lo que es terrenal: la lujuria, la impureza, la pasión desordenada, los malos deseos y también la avaricia, que es una forma de la idolatría... Ustedes mismos se comportaban así en otro tiempo, viviendo desordenadamente. Pero ahora es necesario que acaben con la ira, el rencor, la maldad, las injurias y las conversaciones groseras. Tampoco se engañen los unos a los otros. Porque ustedes se despojaron del hombre viejo y de sus obras, y se revistieron del hombre nuevo, aquel que avanza hacia el conocimiento perfecto, renovándose constantemente según la imagen del Creador... Practiquen la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia. Sopórtense

[1] Para profundizar sobre este tema se puede consultar mis trabajos *El hombre originario*, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2 y *Del hombre comunitario al hombre competitivo*, EDIUNS, 1998.

los unos a los otros y perdónense mutuamente siempre que alguien tenga motivo de queja contra otro... Sobre todo, revístanse de amor que es el vínculo de la perfección.

Aparecen en estas palabras una recordación del cambio que habían comenzado a hacer, la opción por otra forma de vida, y la recomendación de prácticas sociales cotidianas que debían observar. Expresa por primera vez este concepto del *hombre nuevo* como un proyecto de vida diferente al desarrollado hasta esa conversión, en el que resaltan una serie de cualidades coronadas por una superior a todas ellas, sin la cual las restantes pierden valor, que es el amor.

Todo esto viene a cuento porque en la modernidad (siglos XV al XX), con el desarrollo de las ciencias sociales, se colocó el eje del cambio en la *estructura social* o en los *factores psicológicos estructurales de la persona*, siendo el hombre una consecuencia de ellas, de este modo se diluyó la responsabilidad personal sobre las conductas individuales. La *mala lectura* de Marx y de Freud contribuyó a darle sustento teórico a estas concepciones. La dogmatización del pensamiento de esos dos "grandes" de la cultura europea desculpabilizó la conducta individual. Cuando se piensa en esos términos se da lugar al tema de la *naturalización del objeto social*, al intento de comprender las conductas como mecanismos exteriores, en gran parte ajenos a la voluntad de la persona, pensadas como *mecanismos* que condicionan las relaciones sociales y personales. Por lo tanto, como consecuencias de esos mecanismos, se pretende explicar el comportamiento; en ese marco de pensamiento se diluyen las responsabilidades éticas, el hombre se convierte en producto de su medio ambiente y de su historia personal (no debe entenderse esto como una desestimación de la valioso de conocer esos mecanismos, sino como una absolutización de ellos, que deja a la persona indefensa). Mediante este artilugio se escamotea la libertad humana que se dice defender, en tanto la persona no es responsable de conductas que ella no quiso realizar pero que le es imposible evitarlo. Para obtener relaciones sociales más justas basta con modificar los *mecanismos sociales*.

Retomemos el pensamiento de Tamayo-Acosta. A pesar de ello la partida no puede darse por perdida. La creación de la comunidad es necesaria y posible, aunque no está exenta de dificultades. Debemos, entonces, recurrir a la tradición cristiana, en buena medida olvidada dentro del pensamiento filosófico, que puede ayudarnos en dicha reconstrucción. Si recurrimos a ella no es para canonizarla; no podemos ignorar parte de su práctica histórica anti-comunitaria. No obstante, sus núcleos originarios cuentan con una experiencia comunitaria nada desdeñable, tanto en la experiencia de la Palestina, en las comunas aldeanas medievales como en la práctica latinoamericana. "*En el cristianismo convergen dos revoluciones culturales: la de la subjetividad y la de la comunidad, las cuales dan lugar a un cambio religioso y cultural importante en el entorno en que éste se desarrolla y se incultura. El cristianismo se inicia con el movimiento igualitario de seguidores y seguidoras de Jesús, se desarrolla por medio de una amplia red de pequeñas comunidades y se presenta como alternativa comunitaria de vida frente a las estructuras legalistas del judaísmo*".

El sujeto de la fe en el cristianismo no son las instituciones, ni el Estado, ni siquiera la Iglesia; es el yo personal e irrepetible que presta su adhesión a Jesús de Nazaret libremente y hace el *Camino del seguimiento* de manera responsable. Sin embargo la fe de la persona cristiana está enraizada en la fe de la comunidad. "*El yo creyente es el sujeto, pero no en cuanto individuo aislado sino "en su carácter originario subjetivo, en su condición de hermano"*. Más aún, la intersubjetividad del acto de fe es "*la determinación central*" del sujeto cristiano. En la concepción cristiana del sujeto entra una nueva categoría: la de *projimidad*, recordar la parábola del buen samaritano. "*El prójimo constituye el horizonte y el referente de la fe. Una fe no referida al prójimo se queda en la esfera íntima de la persona y tiende fácilmente a convertirse en una especie de auto-consuelo*". La salvación en el cristianismo es personal

pero, al mismo tiempo, comunitaria. Lo expresa acertadamente el Concilio Vaticano II en dos textos antológicos: Uno, de la constitución "Luz de las Gentes":

> Quiso el Señor santificar y salvar a los seres humanos no individualmente y aislados entre sí, sino constituir un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente (Lumen gentium, n. 9).

Otro, de la constitución "Sobre la Iglesia en el mundo actual":

> Es la persona del ser humano la que hay que renovar. Es la sociedad humana la que hay que renovar (Gaudium et Spes, n. 2).

Si acabamos de decir que el prójimo es horizonte y referente de la fe, ahora damos un paso más y afirmamos que el prójimo es el horizonte y el referente de la salvación cristiana. "*No obstante, no es comunidad todo lo que reluce en el cristianismo. La fe tiende a recluirse en el ámbito privado de la persona, sin apenas contacto con el exterior. La espiritualidad suele configurarse de manera intimista y aislada del entorno social. La moral cristiana tiende a centrarse en los problemas del individuo. La salvación suele entenderse de manera espiritualista*". Con todo, hoy se están haciendo importantes esfuerzos por devolver al cristianismo su faz comunitaria, y ello no para la propia satisfacción de los cristianos y cristianas. "*El tejido comunitario constituye un cauce adecuado para reconstruir las alteridades negadas: mujeres discriminadas, clases expoliadas, etnias y razas sojuzgadas, religiones olvidadas, culturas destruidas. El cristianismo está contribuyendo hoy a redescubrir la riqueza de las culturas pisoteadas, a devolver la dignidad negada a las mujeres oprimidas, a reconocer como sujetos históricos a las clases marginadas, a la recuperación de sus señas de identidad a las etnias y razas sojuzgadas*".

Las revoluciones socialistas de nuestro siglo fracasaron, en mi opinión, por este error de concepto, porque las transformaciones estructurales no produjeron inmediatamente un cambio del hombre, ni de los tipos de relación social, no apareció el *hombre nuevo*. Por el contrario, la disolución de la Unión Soviética permitió conocer más en detalle lo que ya se suponía o intuía, la enorme corrupción de los dirigentes y la desidia que se manifestó en el trabajo del hombre soviético, no comprometido con ese cambio. Ambas eran dos caras del mismo proceso, la objetivación del cambio, es decir la puesta fuera de la conciencia, convirtió a la revolución soviética en un maquillaje estructural del capitalismo, pero más ineficaz en el terreno de la producción de bienes, en el que realmente competía con el capitalismo liberal. No era una revolución, era un cambio de propietarios que dejaba intacto el sistema de explotación y alienación del hombre. El *hombre socialista* nacido en ese *proceso revolucionario* mantenía la misma actitud de distanciamiento y descompromiso que el *hombre alienado* del capitalismo. De allí su fracaso.

Este tema es de una importancia no siempre reconocida, que ha impedido una lectura correcta del fracaso de la experiencia soviética. No creo que se haya dado allí un fracaso del “socialismo”, porque como el mismo Papa advirtió "*sin embargo, el socialismo tiene muchas semillas de verdad*". Sólo se ha podido verificar la frustración de un intento, abortado por el predominio del lastre del *estado zarista*, concentrador del poder y opresor de los sectores sociales más pobres. Esta herencia pesó muy fuerte en contra de la posibilidad de una participación popular en los asuntos de la nueva sociedad que nacía, participación y compromiso que hubiera borrado la alienación y el distanciamiento. El peso del concepto doctrinario, no bien desarrollado ni discutido, de la necesidad de la *dictadura del proletariado* que aparece en Marx, con una posterior elaboración de Lenin, llevó a la distorsión de poner todo el acento en la *dictadura* despojando del peso conceptual que tenía la referencia a la necesidad de ser de los trabajadores, es decir de todo el pueblo, contra la posibilidad de reacción de los sectores ligados al zarismo. Esto no quiere decir compartir el concepto de dictadura, reside allí también un error antropológico el pretender que la transformación haya que hacerla “contra” o por la “fuerza”, despreciando la libertad humana. Este modo de pensar el cambio

social desprecia el valor de la educación, de la convicción, del compromiso de los que emprenden el camino del cambio y coparticipan de él.

En síntesis, la intención de estas reflexiones es aclarar algunos conceptos que dificultan el debate sobre un mañana diferente al actual, y del que las tendencias que predominan permiten avizorar. Pretenden colocar fundamentos para liberar nuestro pensamiento en la aventura de imaginar un mundo más humano.